

de lapilo y de rudezas. Al llegar, pues, á este punto, dijo el segundo de los que me acompañaban:

—Ya estamos en el sitio apodado *passo di Valle*.—Muy alerta es preciso estar aquí, porque son muy frecuentes en este lugar los robos y los acometimientos de bandidos y de gente facinerosa que le han convertido en campo de agramante —es decir— de foragidos y salteadores. Y aquí comenzó á narrarme los percances y tristes episodios que allí habían presenciado, á la luz del día y con la mayor desfachatez é insolencia de los bandidos, que sin temor de ser molestados de nadie, daban el asalto, y se arrojaban sobre la presa.

En esto llegamos cerca de la ya tantas veces mencionada venta del valle y cerca de la antigua parroquia del Santísimo Salvador, y mostrándome con el dedo una casa situada detrás de la iglesia y no muy distante de ella, me dice:

—Allí una noche la tropa hizo nutrido tiroteo contra los bandidos que se habían atrincherado en la casa. ¡Qué noche más espantosa aquella! Todos los elementos parecían haber perdido su natural equilibrio; estaban en completa revolución: las nubes arrojaban un diluvio de agua, los vientos tan huracanados é impetuosos, que llevaban consigo por doquiera el terror y

espanto. Los silbidos del mortífero plomo confundíanse con los del viento, y todos juntos esparcían por estos campos un indescriptible pánico. ¡Oh! cuánta sangre se derramó aquella noche de tristes y dolorosos recuerdos!

La narracion de una tragedia sucedida en nuestros mismos dias, á poca distancia de un anfiteatro que viera en otros tiempos verter á raudales sobre su arena la sangre humana, para solaz de otros hombres, evocó en mi mente el recuerdo de aquellos tenebrosos tiempos y de unos espectáculos que eran el oprobio de la humanidad, y ese recuerdo inundó mi corazón de tristeza y acibaró el gozo y la dulce alegría que había experimentado mi alma al apearme en la estacion de Pompeya.

### CAPÍTULO III.

#### LA ÚNICA IGLESIA.

Llegamos por fin á Pompeya. El primero que nos dió la bienvenida así que pusimos nuestros piés en el histórico Valle, fué el padre y el pastor de estos pobres agricultores, el reverendo párroco. Era éste un venerable anciano, enjuto de carnes, pero fuerte y robusto: vestía una sotana corta y desteñida que bien á las claras decía había dejado atras algunos lustros.



Con este buen señor tuve la satisfacción de hablar en lengua inteligible, pues hasta entonces, hasta que nos saludó el reverendo párroco, no me entendía bien con estos aldeanos que hablan el dialecto napolitano muy abierto, y yo, por el contrario, me expresaba con el acento muy cerrado de los de Lecce; así que mal podíamos entendernos. Fué él quien me dijo llamarse este Valle, *Valle de Pompeya*, según había podido colegir de los manuscritos y demás vetustos monumentos que antes hemos mencionado. Bajamos en su compañía á visitar su pequeña iglesia. Al pisar por vez primera sus umbrales, un frío glacial circuló por mis venas ¡Qué miseria, Dios mio, qué miseria! Un pobrísimo edificio construido con el precio de una campana vendida —según digimos antes— en cumplimiento de la cláusula —de que también hemos hablado— del decreto de supresión del Ilmo. y Rmo. Monseñor Conzaga, servía á estos campesinos de lugar de oración y de templo donde rendir sus homenajes de culto y de adoración al Altísimo. Era éste tan pobre, tan angosto y tan mezquino y estaba tan mal cuidado, que el celoso Obispo de Nola, Monseñor Formisano, desde los comienzos de su episcopal ministerio, obligó al párroco á vender una parte de los terrenos pertenecientes á la parroquia,

para hacerla más espaciosa y más amplia. A pesar de ello era aun insuficiente para la población que había aumentado notablemente y crecía más y más cada día; pues mientras en la primera mitad del siglo apenas había en todo el moderno valle trescientas personas, ascendían estas, treinta años después, á más de mil doscientas, y en la desmantelada iglesia, á duras penas, podrían caber cien personas. Además, no había sacristía ni un sacristan para cuidar del aseo y de la limpieza de la casa de Dios. No había ni una modesta habitación para morada del Párroco; así que este vivía en una casita suya que poseía á dos kilómetros de allí. Y como por falta de aseo y por su mala construcción amenazara ruina la pobre iglesia, á fin de evitar una catástrofe por orden del Sr. Alcalde de Torre Annunziata, que á la sazón era el Car. Ciro Ilardi, fué totalmente destruida en 1880.

La iglesia no tenía más que el altar mayor, lo indispensable para el reservado. Era de viejas y carcomidas tablas, y por consiguiente, muy á propósito para anidarse entre sus desvencijadas piezas los ratones, lagartijas y demás vichos que convirtieron el altar en su pacífico domicilio. «*Los vecinos de esta parroquia*—escribía el párroco á la Curia episcopal de Nola—*son todos,*



*salvo unas pocas familias, labradores, gente pobre en su casi totalidad».*

No había escuelas que desterrasen de las toscas é incultas mentes de estos rústicos, las tinieblas de la más crasa ignorancia. No había un templo donde reunirlos á todos é instruirlos en las máximas salvadoras de nuestra santa Religión. ¡Ah! ni siquiera había un altar dedicado á la bendita Madre del Dios de las misericordias, Madre dulcísima de los desdichados hijos de Eva, soberana consoladora de los afligidos, la que compasiva enjuga las lágrimas de los míseros mortales; ni siquiera un altar en donde Ella pudiese recoger las lágrimas y los suspiros de estos infelices, donde Ella pudiese mostrarse á estos, en medio de toda su rudeza sencillos creyentes. Madre de gracia y de misericordia, cobijándolos debajo de la benéfica sombra de su maternal y celestial manto!

Es verdad que el Ilmo. y Rmo. Formisano, inspirándose en el más puro y acendrado celo por la salvacion de las almas, había intentado muchas veces levantar allí un nuevo templo, más capaz, más espacioso; pero por sí solo no podía llevar á efecto, debiendo atender á las necesidades de más de setecientas iglesias confiadas á su pastoral vigilancia, de las cuales ochenta y cinco eran parroquias, en su mayor

parte pobres y algunas en construccion. Muchas en tan dilatada diócesis, que cuenta más de doscientas mil almas, desparramadas por valles y montes de cuatro distintas provincias, eran obra suya. Aguardaba, pues, confiado, para emprender esta otra, á que el cielo acogiese propicio sus fervorosas y reiteradas peticiones.

En tan lastimero estado se encontraba la única iglesia que á la sazón tenían estos pobres campesinos.

Y por grandes esfuerzos que hiciera el celo pastoral del Sr. Obispo para proveer á sus necesidades espirituales, no pudo impedir que muchos de ellos dejasen de cumplir sus deberes religiosos, porque el templo era insuficiente para contener la muchedumbre de los fieles. De aquí resultaba, que estos dejando de asistir á la Misa parroquial y á las instrucciones catequístico-evangélicas de su pastor y maestro, viviesen sumidos en la más crasa ignorancia de las máximas y principios de nuestra sacrosanta Religión.

Pero sobre todo, lo que más contristaba á nuestro corazón, era la pública profanacion de los santos dias del Señor. Era en verdad doloroso, al par que digno de compasion, el ver jóvenes de ambos sexos ó trabajando, esclavos de la gleba en los dias festivos, como si tal cosa, como si no



conociesen ni hubiese para ellos distincion de dias, ni existiese el tercer precepto del Decálogo, *Memento ut diem sabbati santifices*, Acuérdate de santificar las fiestas (1), ó bien pasando el santo dia del Señor en ócio, manantial fecundo, de vicios; y los niños, la clase más necesitada de ser cuidada con la mayor posible diligencia, los que mañana han de formar la sociedad, de cuyas filas saldrán un dia ú honestos y laboriosos ciudadanos ó delincuentes y temidos foragidos, abandonados á sí propios crecer sin ninguna cultura religiosa y cual plantas que el jardinero deja crecer á merced de su lujuriente vegetacion.

¿Pero cómo se encontró en Pompeya la venerable y taumaturga efigie de la celestial Reina del Smo. Rosario, que con sus maravillas y portentos llama tan poderosamente la atencion del mundo creyente y descreido, y como perenne monumento de esas maravillas se levanta aquí majestuoso tan suntuoso y magnífico templo? ¿Pero cómo y por qué medios háse hallado en medio de tan maravillosos, de tan inusitados sucesos que la Providencia, para cumplimiento de sus altísimos y misericordiosos designios, tenía dispuestos un extraño, un forastero en estas tierras como yo?

(1) Exod. cap. 20, v. 8.

Lo diré ingénuamente confiando que, una narracion sincera de la verdad, hecha con la más recta intencion, será de algun provecho para mi prójimo.

## CAPÍTULO IV

### LA RESPUESTA.

Amigo lector; ¿háste encontrado alguna vez con la mente agobiada de los más tristes y desconsoladores pensamientos, con la imaginacion hondamente turbada por los más negros y aterradoros fantasmas que impresionan profundamente, que abaten el espíritu y llenándole de desolacion, de oscuridad, de melancolía, de tristeza y de un pesar indefinible le atormentan cruelmente? Pues bien, tú solo puedes comprenderme.

Há poco que había salido de la oscura, de la tenebrosa selva de errores, en la que, alejado de los hermosos senderos de la verdad, me había perdido miserablemente como secuaz que era de las impías y funestas teorías del magnetismo y espiritismo, y mi corazon latía agitadísimo: yo no tenía la suspirada paz.

A los treinta y tres años de mi vida, como otro Saulo en el camino de Damasco, víme prostrado en tierra y como constreñido por una lucha incesante, tenaz, desapiadada con Satanás,



que furioso contra mí, excitaba grandes tempestades á morder aquel mismo lodo, en el cual, zambulléndome á guisa de inmundos séres, levantaba, ¡temerario! mi orgullosa cerviz desafiando al Omnipotente.

Y cuando yo, en un acceso de frenesí me rebelaba más airado contra Él, entónces Él, siempre misericordioso y benigno, haciendo gala de sus inagotables bondades, me esperaba misericordioso para hacer triunfar en mí su soberana clemencia, para que ésta, venciendo mi loco orgullo, allí donde abundó la iniquidad, sobreabundase la misericordia. *Abyssus abyssum invocat*: un abismo llama á otro abismo.

Dios es muy paciente y benigno, porque es fuerte: siendo Todopoderoso no se indigna, no se enoja ni se venga como los impotentes hijos de los hombres, porque todo está sometido á su omnipotente y soberana voluntad. Es dulce, benigno, manso de corazón; es de suyo toda bondad, toda clemencia, toda piedad; es infinitamente bueno —es decir— difusivo de sus riquezas, pero también es justo en castigar nuestras culpas, bien que—al decir de los SS. Padres (1)—

(1) «*Deus quidem bonus est per ipsum, iustus autem consequenter propter ea, quæ nostra sunt...* Dios es bueno de suyo, más es justo á consecuencia de lo que es nuestro». Clemente Alejandr. Paedag. I, c. 8, p. 127.

no hace uso de este atributo sino provocado por nuestros pecados. Sufrir al pecador para que se convierta; le convida con inefable benignidad á la penitencia; pero si éste se obstina en el mal y abusa de la divina clemencia ¡ah! entónces le condena inexorable.

¿Y quién ¡oh Dios mio! quién sino vuestra propia é inefable bondad pudo moveros á esperarme con tanta longaminidad cuando yo vivía tan alejado de Vos? Vuestra esencial é infinita bondad tan solo, podía sufrirme por tanto tiempo: Vuestra incomprendible bondad, Soberano Señor, os ha inclinado á usar conmigo tanta misericordia; sí; pues ---como cantó el coronado Profeta— «*todos los caminos del Señor son misericordia y verdad: Universæ viæ Domini misericordia et veritas*» (1).

Vuestra infinita paciencia ha triunfado de mi loca rebeldía; vuestra dulcísima benignidad de mi alejamiento de la casa paterna; y los tiernos latidos de vuestro Corazón amoroso, paterno, generoso, de las continuas ofensas que con mis locos desvaríos irrogaba á vuestra soberana Majestad.

Vos ¡oh Padre de las misericordias! cuando yo ¡ay infeliz de mí! yacía en el insondable abismo

(1) Ps. XXIV.



de mis culpas, me tendisteis piadoso vuestra poderosa diestra, y me levantasteis de aquella profunda y horrorosa sima. Mirasteis compasivo la humillacion, las penas y el lastimoso estado de mi pobre alma, y vuestra grande misericordia, con uno de esos rasgos incomprensibles á nuestro limitadísimo entendimiento, triunfó gloriosamente de mi negra ingratitud; pues en las humillaciones es cuando levantaiis más altas las montañas de vuestra gracia.

Y el primer fruto de esta, fué inspirarme un deseo ardentísimo, ilimitado, insaciable de Vos, verdad, luz, vida, guía, alimento y paz del hombre, hechura de vuestras manos: *Ego sum lux mundi: Ego sum via, veritas et vita* (1). Con increíble ardor, pues, buscaba yo á mi Dios. Como el ciervo herido desea con vehementísimo anhelo la fuente de cristalinas aguas para extinguir su sed ardorosa, así deseaba mi alma á Vos, Dios mio: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus meus.* (2) Solo Dios, como verdad infinita y único centro del entendimiento creado, podía alumbrar las densas tinieblas en que estaba envuelta mi mente; sólo Él podía sacarla de

(1) Evang. S. Joan c. VIII, v. 12; c. XIV. v. 6.

(2) Ps. XLII.

la selva oscura de errores en que andaba perdida, y del piélago profundo de incertidumbres en que fluctuaba; sólo Dios podía satisfacer plena y cumplidamente las ánsias ardorosas de un corazon desgarrado por la violencia de tantas y tan feroces pasiones.

Era por el mes de Octubre de 1872 cuando, de un modo extraordinario, se levantó furiosa la tempestad en el agitado mar de mi corazon. Sus peligrosos oleajes dieron contra mí con todo su ímpetu y fuerzas, que me hicieron zozobrar. Las hinchadas olas de profunda tristeza que vinieron á caer sobre mi atribulado corazon, estuvieron á punto de sumergirme en el bártro de la desesperacion. Con el corazon así acongojado, con la imaginacion turbada, con la mente agitada de los más tristes pensamientos, y tan aflictivas ideas que me parecían rayanas en la desesperacion, salí de la casa De Fusco, y sin rumbo cierto echéme á correr á la aventura, y llegué hasta el punto más retirado y salvaje de estos campos, que los aldeanos le apellidan *Arpaja*, como lugar más á propósito para morada de harpías. Reinaba un silencio profundo: dirigí mi vista por todo mi rededor, y no se veía alma viva en todo aquel paraje.

Entonces me detuve de repente: y era tan vehemente, tan agitada la palpacion de mi



angustiado corazón, que me parecía quería salir este de los estrechos límites de mi pecho. En medio de tan indecible aflicción de mi espíritu, creí escuchar aquellas consoladoras palabras que yo mismo había leído más de una vez, y que no cesaba de recordarme mi querido y santo amigo, que ya goza de Dios: *Si quieres salvarte, propaga la devoción del santo Rosario: es promesa de María.*

*¡No puede perecer el que propaga una devoción que es tan grata á todo el cielo!* Palabras fueron estas que vertieron sobre mi atribulado corazón el más dulce bálsamo de consuelo, que mitigó todos sus padecimientos, convirtió todas sus amarguras en la más suave alegría, endulzó todas sus tristezas; fueron, en fin, como una placida aura que, calmando las hinchadas olas del revuelto mar de mi interior, restituyeron á mi azorado corazón la serenidad, la paz y la tranquilidad. ¡Qué mutación tan maravillosa se verificó en mí al eco suavísimo de tan consoladoras palabras!

*¡No puede perecer el que propaga la predilecta devoción de la bendita Madre de Dios!* Fué este celestial pensamiento como un vivísimo rayo de luz que ahuyentó y dispó las densas tinieblas de aquella tenebrosa noche en que vivía, ó más bien estaba sepultada mi pobre

alma. El homicida del género humano, que me tenía esclavizado bajo su tiránico poder, previó sin duda su derrota, si yo secundaba fervoroso y con verdadero celo la divina idea: y temeroso de soltar la presa, me estrechaba más y más, y como haciendo sus últimos esfuerzos, entre los pavorosos anillos y espantosas espiras de sus infernales cadenas. Era la última lucha, lucha terrible, decisiva.

Á punto de perecer en aquella tremenda decisiva lucha vencido por el enemigo, levanté mis ojos llorosos y mis manos suplicantes al cielo, y dirigiéndome hácia la soberana y piadosísima Consoladora de los aflagidos, díjele con la energía y ardor que inspiran el peligro y la desesperación:

*Si es verdad que habeis prometido á vuestro gran siervo Santo Domingo que se salvará el que propague el santo Rosario, yo me salvaré ciertamente, porque no abandonaré este lugar sin haber propagado antes esta saludabilísima devoción.*

Nadie respondió á mis acentos de desesperación; un silencio sepulcral me rodeaba por todas partes; pero por la apacible calma que sucedió al singular combate que el enemigo trabara conmigo haciendo entónces sus últimos esfuerzos para asegurarse la victoria, entendí que aquel



grito de indefinible angustia había subido hasta el excelso trono de María. Oí en esto resonar pausadamente en lontananza el eco de una campana; tocaban á las *Ave-Marías*, á las doce del día. Me postré, y uní mi plegaria á las que en aquella hora dirigía á María la multitud de fieles de diversas lenguas y diferentes países.

Cuando me levanté, pude observar que habíase asomado furtivamente una lágrima al borde de mis ojos. La respuesta del cielo no se hizo esperar.

Y estas páginas, querido lector, te lo explicarán en seguida. Léelas, pues, y júzgalas despues.

## CAPÍTULO V.

### EL PRIMER ENSAYO.

Entónces fué cuando yo tomé la irrevocable determinacion de promover con todo el ardor de mi corazon y con todas las fuerzas de mi alma por todo este valle de desolacion, á donde una especial providencia de Dios dirigiera mis pasos, la salvadora y tan encarecidamente por la Iglesia recomendada devocion del Santo Rosario de María. Pero ¿cómo podía yo llevar á cabo mi santa resolucion? ¿Cómo realizar mi designio? ¿Cómo llegar á enseñar el santo Rosario á gentes que vivían diseminadas en cabañas y miserables viviendas desparramadas por los campos, y

sin haber un lugar á propósito donde reunir las por algunas horas, siquiera los Domingos?

No me quedaba otro medio que el de ir casa por casa distribuyendo medallas y rosarios. El regalo era bien justo, y hasta deseado con avidez, porque siendo de metal las medallas, parecían por su brillo ser de algun valor. Pero ¿qué resultado podía yo esperar de la gratuita distribucion de estos piadosos objetos entre gentes que eran muy contadas las personas que supiesen rezar el Ave María?

Me ocurrió, pues, otra idea: advertí que estos pobres y rústicos habitantes profesaban, en medio de toda su rusticidad é ignorancia, un culto especial y unos sentimientos de la más acendrada piedad y del más profundo respeto hácia los difuntos. Quejábanse, en efecto, amargamente de que los cadáveres de sus queridos finados fuesen conducidos á su última morada como si fuesen unos despojos de animales que hubiesen muerto en el camino, sin el acompañamiento de alguna piadosa asociacion que rezara las preces fúnebres en sufragio del difunto, como habían visto, con edificacion suya, se hacía en otras partes: lamentábanse de que no se dedicase á sus difuntos siquiera un recuerdo aniversario, que perpetuase en los nietos la memoria de sus antepasados.